

El buen niño UN CUENTO CHONTAL

Nota y transcripción:
Benjamín Pérez González

Uno de los rasgos culturales y posiblemente el que más caracteriza y distingue a un grupo humano específico es la lengua que habla.

La lengua, como se sabe, tiene como función básica la comunicación y, en sentido amplio, la de transmisión de conocimientos. En efecto, es a través de la lengua como los padres transmiten a los hijos todo aquello que consideran que debe aprenderse; a

nivel social esta función se amplía, pues las generaciones viejas transmiten a las nuevas los conocimientos que además de considerarse deseables, van a permitir la perpetuación del grupo como tal.

La lengua está presente en todas y cada una de las actividades propias del grupo; es por ello que cualquier manifestación oral sea importante para su conocimiento.

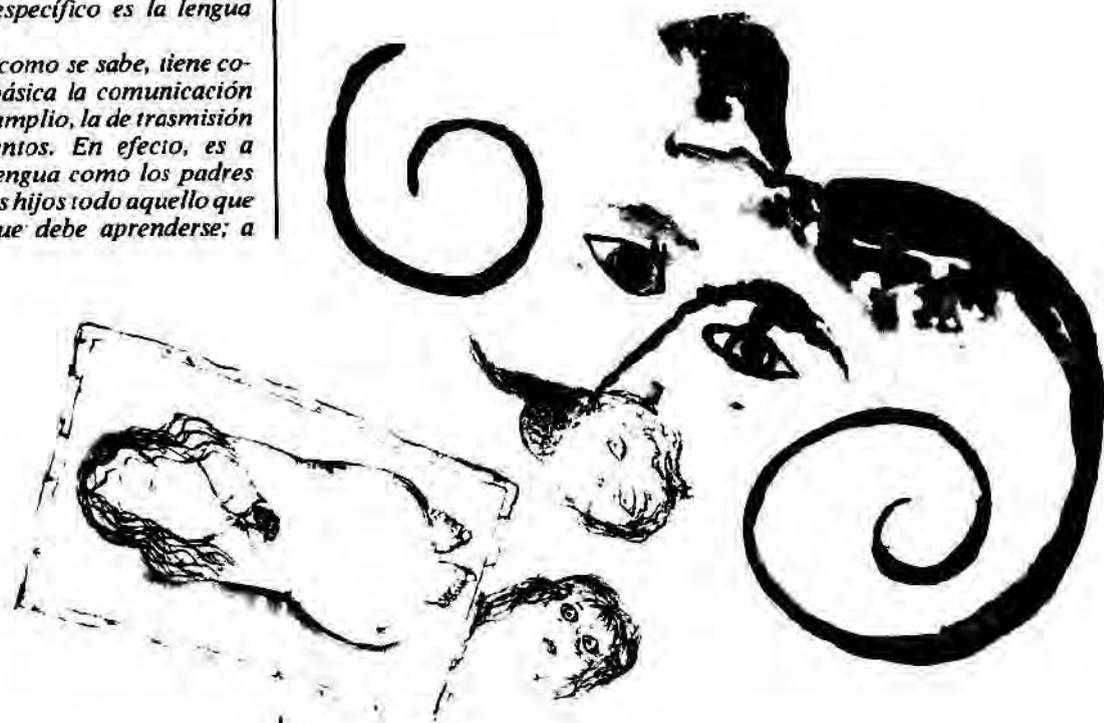
Cuando se conoce la lengua de un grupo, se conoce implícitamente su cultura y, consecuentemente, su cosmovisión, por ello creemos que el estudio de cualquier comunidad realizada en otra lengua distinta al grupo, no nos permite más que acercarnos superficialmente a su cultura, puesto que al describir sus elementos en otra lengua los estamos "traduciendo" a las concepciones que ésta tiene del mundo.

Pensamos, por tanto, que la forma más válida de conocer a mayor pro-

fundidad una cultura debe partir del conocimiento de su lengua, ya que ello nos permitirá el acceso a los conceptos que fundamentan su existencia.

Es obvio que un solo texto como el que presentamos a continuación no nos va a permitir acceder de inmediato al conocimiento de la cultura de la que es exponente; para ello se requiere de un corpus mucho mayor que incluya muestras del uso de la lengua en distintos contextos, que trate de diversos temas y que represente los distintos grupos de edad y sexo que en cada comunidad existen.

Sin embargo, creemos que un texto sí es capaz de hacernos reflexionar sobre algunos puntos que posiblemente sean indicadores de algunos rasgos culturales característicos de un grupo particular. Esta es la razón que nos impulsa a dar a conocer un ejemplo de lo que hemos llamado la narrativa oral de los chontales de Tabasco.



ILUSTRACIONES: ADRIANA SAURI Y ERICK BÄCHTOLD

Hubo un hombre que vivió en su casa con su esposa. No tardó, apenas dos hijos tenía la mujer y se murió. Quedó solito el hombre con dos hijos: una hembra y un varón. Aguantó seis meses solo. Luego salió, se fue y encontró otra soltera de 17 años de edad; ella dijo que si botaba a los hijos se quedaba con él en la casa donde vivirían muy felices. Dijo el hombre que sí.

Al día siguiente se fue con sus hijos a la montaña. Los dos hijos llevaban ceniza en la mano. Cuando llegó el hombre a comer a las 12 del día, los chiquillos se quedaron en la montaña. Luego los chiquillos entraron a escondidas y se quedaron los dos bajo la mesa. Cuando la mujer estaba comiendo, en dos platos la comida, vio que el hombre había acabado de comer.

Dijo la mujer así: si tú no tienes barriga de animal. Cuando levantó el mantel vio que estaban sentados dos chiquillos comiendo su comida. Dijo la mujer que si va a botar otra vez a sus hijos se queda con él y si no se va a la casa de su papá. El hombre se fue a botar a sus hijos. Caminó y caminó y cuando estaban a la mitad de la montaña les dijo que ahí se quedaran, que él iba a buscar su medicina; pero más adelante dio media vuelta y regresó a su casa, quedándose los chiquillos en la montaña. Se alegró la mujer porque había botado a los chiquillos que se quedaron en la montaña.

Ellos se subieron en una mata de guayaba donde les agarró la noche; ahí estaban cuando oyeron cantar un gallo. Al otro día los niños se fueron y llegaron como a las 5 de la mañana donde estaba una viejita haciendo tortillas que ponía en un plato. Cuando se dio cuenta ella, ya no había tortillas, pues los niños se las habían comido. Esto sucedió como a las 6 de la mañana cuando quiso agarrar una tortilla para desayunar y no había. Salió a ver afuera y vio dos chiquillos acuclillados entre la yerba, los agarró la viejita y los metió en la casa a los dos; les dio de comer y los escondió en una olla, porque si su hijo que se llama Gigante llegaba a verlos se los podía comer. Llegó a las

12 del día su hijo y ella le dijo que habían llegado dos niños a regalarse.

Preguntó Gigante si no se podían comer todavía y dijo la viejita que todavía no, que dejara que crecieran hasta los 15 o 16 años para que pudieran comerse. Entonces los agarró la viejita, los metió en un chiquero. No tardaron en engordar. El chiquillo iba a coger leña y la chiquilla se ponía a moler el pozol; se pusieron bien gordos. Tiempo des-

pués dijo Gigante que había llegado el día de comer a esos niños. Al otro día en la mañana mandaron al niño a cortar hoja. Dijo la viejita que van a matar un puerco más tarde. A la chiquilla la mandaron a hacer tamalitos. El niño encontró una mujer donde cortaba hoja, le platicó que iban a matar un puerco más tarde, que la viejita lo iba a matar. Dijo la mujer que no creyera que van a matar un puerco, que es a ellos a quienes



van a matar. Le dijo la mujer: cuando llegues a dejar la hoja si te dicen que bailen, tú dices que no saben bailar, que vaya ella a la orilla de la paila primero para que vea que está bien y que lo haga ella (el baile). Cuando llegó el niño a la casa con un mazo de hoja vio que se estaba hirviendo el agua en la paila, dijo entonces la viejita que fueran a bailar junto a la paila. Dijeron que no sabían. Empezó a bailar para enseñar a los niños cómo se baila. Cuando estaba bailando la viejita



la empujaron los chiquillos a la paila. Después agarró su cuchillo el niño para cortarle la cabeza a la viejita. Le cortó la lengua; la tiró al suelo donde se convirtió en dos perros.

Agarró el niño la cabeza y la puso en la mesa. Más tarde el niño se fue; a la mitad de la montaña hizo su casa y la niña entró a trabajar. El chiquito llevó dos perros. Tenía algunos días que estaba trabajando cuando llegó Gigante donde estaba la muchacha a decirle si quería casarse con él. Dijo la muchacha que sí lo haría si mataba a su hermano primero; dijo Gigante que estaba dispuesto a matarlo. Le contestó la muchacha que era difícil matarlo porque le acompañaban dos perros, entonces dijo Gigante que le dijera a su hermano que dejara amarrados los dos perros porque a ella le espantaban en la casa. Dijo el hermano que al otro día amarraría los dos perros y que él iría a trabajar solo; así que ya no llevó a sus perros. A las doce del día llegó Gigante diciendo que se lo va a comer; lo que hizo el buen niño fue subirse en un árbol de guayaba y llamar a sus perros para que vinieran los dos; uno se llamaba Quebranta-fierro y el otro se

llamaba Leal. Cuando llegaron los perros habiendo roto las cadenas, vieron que estaba Gigante bajo el árbol; lo agarraron y mataron haciéndolo pedazos. Se bajó el buen niño y se fue a su casa. Ahí la muchacha estaba moliendo pero él la agarró y la golpeó junto al metate y luego la despedazó; agarró sus perros y se fue con ellos. Llegó como a las 5 de la tarde al panteón de una ciudad. Supo que había una prueba, que el rey entregaría a una de sus hijas solteras en el panteón.

Llegó el buen niño con sus dos perros y vio que estaba sentada la hija del rey en el camposanto y le dijo ella que si la defendía se casaba con él. Dijo el buen niño que sí, que había llevado sus dos perros grandes que llegaban hasta las nubes.

Se quedaron los dos a cuidar a la princesa. Como a las 10 de la noche vio el buen niño que cayó una sombra; dijo la princesa que era porque venía el dragón. Viendo esto el buen niño azuzó a los perros y cuando llegó con los perros hasta las nubes se golpearon (con el dragón) un buen rato, luego cayó la cabeza. Al ver esto el buen niño sacó su cuchillo y cortó

las siete lenguas que tenía; las agarró y las metió en su bolsa.

Al rato cayeron al suelo él y los perros. La princesa se había ido a su casa. Y después de eso se fue el buen niño a una posada que era de doña María.

Cuando llegó la princesa a su casa le preguntó su papá por qué se había regresado; y ella le dijo que había llegado un muchacho como a las 6 de la tarde con dos perros y que ella le había dicho que si la defendía se casaba con él. Entonces dijo el rey que si la había defendido se casara con él mañana mismo y como a las 10 de la mañana se haría un banquete de bodas. Pero al otro día como a las 6 de la mañana que pasa un negro cargando la cabeza y diciendo que él había matado al dragón, que la hija del rey se iba a casar con él. Llamaron a la princesa para que abriera la boca de la serpiente y viera si tenía las siete puntas la lengua; así lo hizo y vio que no las tenía porque el buen niño había cargado las siete puntas de lengua en su pantalón. Al negro lo agarraron en la mentira, lo amarraron al tronco de un árbol con dos mulas que lo pisotearon. Fue el buen niño expresamente a ver aquello y luego llegó a enseñar las siete puntas de lengua: determinó el rey que él lo había matado (al dragón).

Se casaron e hicieron un banquete de bodas y a los perros los encerró el rey tras una reja. Su dueño se quedó en la casa y dijo el rey que recibiría una corona. Contestó el buen niño que no la quería. A los tres días de su matrimonio, en la noche, trató de moverlo la princesa, pero lo sintió rígido. Corrió a decírselo a su papá quien se levantó para verlo y lo encontró muerto. Entonces dijo el rey que no lo iba a enterrar sino que lo iba a tirar al río. Mandó hacer una caja bien sellada pero a los dos días llegó un perro que había roto la cadena porque se dio cuenta que su dueño estaba en tierra. Agarraron y partieron la caja, lamieron la caja, le lamieron la cara y le encontraron una cosa en la nuca, entonces la agarraron y la sacaron. Entonces se levantó y se sentó el señor y le dio una carta al perro para que la fuera a entregar al rey. El rey tomó la carta que muy cansado le llevó el perro y como su dueño resucitó el perro estaba con-



tento. El rey leyó la carta donde decía que lo fueran a buscar con una banda de música; inmediatamente consiguió el rey un barco y fue a hablar con los músicos. Cuando llegaron estaba sentado el buen niño y lo subieron al barco. Llegaron todos muy alegres porque ya había aparecido el buen niño. Hubo baile una noche y estaba contento el rey porque había aparecido el yerno. A los tres días le fueron a preguntar al buen niño quien lo había hecho y contestó el buen niño que la misma camarera le había encajado una puntilla y por eso se murió; la camarera encajó a la mitad de la cabecera esa puntilla venenosa y apenas se acostó, se le fue el sentido. Dijo el rey que la negra era culpable; inmediatamente llamaron a dos soldados, la agarraron y la amarraron por el cuello con una cuerda, la arrastraron por el suelo, luego la amarraron al tronco de un árbol, fueron a buscar dos mulas que también amarraron al ronco y que patearon a la negra.

